

EL DOLOR EN LA PASIÓN. SENTIDO CRISTIANO DEL DOLOR

ÁNGEL FERNÁNDEZ DUEÑAS
ACADÉMICO NUMERARIO

Cuando hace unas semanas, exponía ante Vds. mis *Reflexiones sobre el dolor*, citaba las distintas posiciones mantenidas por neurólogos y fisiólogos en cuanto a la posibilidad de diferenciación entre el dolor físico y el moral, deduciendo a la postre que ambos forman parte de una misma escala, en cuya cima se encuentra el dolor físico agudo y en la base, el dolor anímico puro. En ninguno de los dos casos, sin embargo, podremos identificarlo con el sufrimiento, pues el dolor, en general, es una percepción cuyos sensores requieren un estímulo y este estímulo específico es el sufrimiento, que puede presentarse en distintas formas, siendo una de las más profundas, precisamente, la *angustia*, concepto que, modernamente, a partir de Heidegger y la corriente existencialista, se ha convertido en el tópico de elección para referirse a la compleja realidad del dolor como sentimiento. Otra forma de sufrimiento es la *soledad*, esa atormentadora sensación de vacío, de desierto interior, como la define el Prof. Alonso Fernández, que hoy se considera como raíz y epifenómeno del dolor, de la angustia y de todos los vocablos que aluden a la amplia gama del fenómeno humano, que discurre entre la brutal alarma del pánico hasta la tenue pero persistente señal de la preocupación. Es a través del sentimiento de soledad, como mejor se ilumina la intimidad humana, y por ende, la inflexión ética sobre el dolor.

Expongo este apresurado exordio, tan alejado del tema que hoy me comprometo, porque al intentar una aproximación al dolor en la Pasión, no sólo debemos considerar los dolores físicos tremendos que Cristo sufrió en sus carnes de hombre, sino que nos hemos de encontrar un sufrimiento mucho más íntimo, más intenso si cabe, presidido, precisamente, por estos dos sentimientos a los que me acabo de referir: la angustia y la soledad.

Durante su vida pública, Jesús manifestó repetidamente el presentimiento de su muerte infamante, esperado final por otra parte, consecuencia de la postura mantenida en su predicación, muchas veces en franca contradicción con la ortodoxia judía y siempre opuesta al comportamiento de las clases dirigentes. Esta visión profética de su propio final, es natural que le produjera cierto grado de angustia,

que iría intensificándose conforme se acercaba el momento de su inmolación. En la Última Cena, la tristeza nubla su frente al evidenciar la traición de Judas y en ese estado anímico llega a Getsemaní, comienzo de su Pasión, y será en el Huerto de los Olivos donde Cristo sienta, por primera vez, al menos en alto grado, la triple sensación de tristeza, angustia y soledad. Una profunda tristeza, mezclada quizá de pavor y espanto por las horas que se avecinan, configuran sus grandes sufrimientos interiores y ello, en medio de una punzante e indescriptible sensación de soledad. Este estado de ánimo de auténtico *stress*, precede a la oración de Jesús; su voluntad, confortada por el ángel, habría de sobreponerse violentamente a la tremenda angustia, que le hacía, con sensibilidad humana, rehusar beber el cáliz amargo de la Cruz. Y como resultado de esta patética lucha, sudó sangre (1). Por fin, tras su oración, Cristo decide aceptar el sacrificio como demuestran sus palabras dirigidas al Padre: "... Pero no se haga mi voluntad, sino la Tuya".

Pena inmensa hubo de sentir el Nazareno al consumarse la traición de Iscariote, en tanto recordaba al Salmo de David (S. XL): "... Lo que más es, un hombre con quien vivía yo en dulce paz, de quien yo me fiaba y que comía de mi pan, ha urdido una grande traición contra mí..." (2).

La angustia y la soledad de Getsemaní, continuada en el Prendimiento, persisten durante la larga y última noche, en la que tienen lugar la cobarde huida de sus discípulos y la triple negativa de Pedro. Sólo Juan pudo consolarle con su presencia esquiva. Simón, el que habría de ser *pedra* de su Iglesia, no logrará sobreponerse a su miedo irreprimito en la aciaga madrugada.

Después, durante los interrogatorios del Sanedrín, se produce uno de los momentos más amargos y humillantes de toda la Pasión. Para cualquier persona normal y mucho más, lógicamente, si ese hombre es la propia Divinidad, los ultrajes y ataques a su dignidad tendrían que resultar más dolorosos que los golpes o torturas propiamente dichos. Los salivazos y el escarnio de los embrutecidos sayones, atormentarían su espíritu tanto o más que las bofetadas y bastonazos que recibiera en la burda mascarada del proceso religioso presidido por Anás y Caifás.

Cristo, sólo en su angustia, desamparado en su soledad de los afectos terrenales, sigue libando el cáliz amargo de la Pasión en sus comparecencias ante Pilatos y Herodes, ante los que únicamente le mantiene la fuerza que dimana de la voluntad divina y su excelsa dignidad de Hombre-Dios (3).

(1) La *Hematidrosis*, fenómeno relativamente extraño, consistente en una hemorragia subcutánea, que afecta a las glándulas sudoríparas. Puede presentarse en estados hiperemocionales o en personas con ciertos desórdenes sanguíneos. Su significación en el caso de Cristo, es, por supuesto, absolutamente psicósomática, manifestación de una horrible angustia.

(2) Esta decepción hubo de producir en Jesucristo una lógica descarga de adrenalina, con el consiguiente aumento de tensión nerviosa y un evidente abatimiento de ánimo. De este estado, casi enseguida, pasaría a una perfecta serenidad que se manifestará en la magistral recriminación que hace al traidor y que, ulteriormente, conservará a lo largo de toda la Pasión. No obstante y como reconoce la moderna psicología, esta augusta grandeza de espíritu, desde el punto de vista médico, tendría el precio de un empobrecimiento de las defensas biológicas.

(3) Ante Herodes, Jesús permanece en absoluto silencio. Este mutismo, que agiganta su grandeza, puede médicamente interpretarse como una defensa biológica instintiva, como un intento de ahorrar

Inmenso dolor en su doble vertiente de sufrimiento corporal y moral, es el que ha de soportar el Nazareno durante el infamante suplicio de la flagelación. A cada golpe del terrorífico *flagelum*, brota la sangre de la espalda descarnada, produciendo auténticos paroxismos de dolor. Sabia y sañudamente, sus verdugos castigan decenas de veces su torso y sus muslos, convertidos ya en jirones de carne palpitante, evitando las zonas vitales, cuyo castigo podría producir una muerte súbita (4).

La progresiva pérdida de sangre y el sufrimiento físico, atroz y lacerante, van minando la resistencia de Cristo, que ya comienza a sentir, además, el tormento de la sed. El prolongado castigo produce repetidas descargas de adrenalina, que taquicardizan su corazón y determinan la aparición de crisis hipertensivas, que, a la postre, desembocarán en un estado de hipotensión por predominio vagal reactivo, que traerá como consecuencia un estado de postración, cada vez más intenso. Y Jesús, a pesar de su dolor y de su angustia, hace realidad las palabras proféticas de Isaías (L, 6): "... Entregué mis espaldas a los que me azotaban y mis mejillas a los que mesaban mi barba; no retiré el rostro de los que me escarnecían y escupían...".

Digna paciencia y resignada humildad, que mantiene cuando sus inmisericordes verdugos le colocan una corona, hecha de espinas y escarnio, que, hendiendo la piel de su frente, hacen manar nuevos regueros de sangre y más estigmas de dolor. Y pretendiendo ridiculizar al que, jocosamente, llaman "rey de los judíos", contrastan verdaderamente la natural realeza del Hijo de Dios, aunque la corona por El escogido, sea la del martirio (5).

Pero Cristo sufre; sufre doblemente el dolor de su cuerpo lacerado y la amargura de su patética soledad.

Ecce homo... El cuerpo humano de Dios se ofrece martirizado, vejado, escarnecido; trasvertido en rey de burlas; reducido a un ensangrentado desecho de hombre. Y el embrutecido populacho demanda a gritos su muerte ante el pretor timorato y cobarde, que con un espurio gesto de sus manos, pretende alejar de sí la responsabilidad del deicidio.

Es este pasaje de la Pasión el que, a mi modesto juicio, representa de forma más palmaria el fundamento de la Redención. El pueblo escogido de Dios, al pedir al muerte del Hijo, parece condensar en uno solo los pecados de los hombres de todos los tiempos. Y Él se ofrece en sacrificio, en oblación cruenta, para

energías; sin embargo, también podría explicar su postura el agotamiento que le embargaba tras una larga noche de vela y sufrimiento.

(4) En Roma, la flagelación era el suplicio preliminar a toda ejecución y se reservaba para los extranjeros y desertores. Se utilizaba el *flagelum*, formado por látigos terminados en huesos de oveja y cuando se quería agravar el castigo, *el flagrum*, que consistía en unas cadenas de hierro que tenían en sus extremos bolitas de metal. Se azotaba desde la espalda hasta las piernas, produciéndose enormes desgarros de tejido celular subcutáneo y, a veces, incluso de las masas musculares, que podían producir, a causa del agudísimo dolor y de la pérdida de sangre, un shock circulatorio. En el caso de Jesús, la flagelación fue extraordinariamente violenta y si pudo resistirla, fue debido a su fuerte constitución física.

(5) La coronación de espinas era excepcional en las ejecuciones romanas; sin embargo, tomando como base los Evangelios y los datos que ofrece la Sábana Santa, cuya autenticidad está científicamente contrastada, puede afirmarse que Jesús sufrió este suplicio inusual. Muchos médicos, entre los que cabe destacar al Dr. Barbet del Hospital San José de París, han estudiado con gran interés las impresiones existentes en la Sindone, correlacionándolas con las heridas producidas por las espinas.

redimir de sus miserias al género humano. Dijo Isaías (LIII, 7): "... Fue ofrecido en sacrificio porque Él mismo lo quiso; y no abrió su boca para quejarse; conducido será a la muerte sin resistencia suya, como va la oveja al matadero y guardará silencio sin abrir siquiera su boca delante de sus verdugos, como el corderito que está mudo delante del que lo esquila...".

Añadiendo un suplicio más a su suplicio, Jesús toma la Cruz e inicia el camino por la calle de la Amargura. Sus fuerzas, casi exhaustas, se niegan a abandonar al cuerpo y en auténtico estado de *preshock*, avanza lenta y dificultosamente, arrastrando los pies; dejando sus huellas ensangrentadas, que van marcando, paso a paso, la mayor vía de dolor que se haya trazado en la historia de la humanidad.

Encorvado por el peso del madero, Cristo sigue viviendo su soledad y su angustia. Y cae tres veces...; pero el Padre derrama sobre su conturbado espíritu, unas gotas de confortación y ayuda cuando, entre sangre y espinas, contempla a su Santísima Madre; cuando nota aliviarse el peso de la Cruz, al ser compartida con el Cirineo; al sentir en el rostro, reseco y dolorido, al suave contacto del lienzo de la Verónica...; y se mitiga su soledad, cuando contempla el llanto de las mujeres de Jerusalén.

Ya está Cristo en el Calvario. Su cuerpo desnudo –“repartieron entre sí mis vestidos y sortearon mi túnica...”–, dijo David en su salmo (s.XXI)– ya pende de la Cruz. Todo el sufrimiento soportado a lo largo de su martirio, cuyos estigmas ofrece su figura ensangrentada, resulta escaso en comparación con el que le aguarda; ni siquiera el horrible enclavamiento de sus pies y de sus manos (6), representarán la cima del dolor, ya que por encima de su padecimiento físico, cada vez más y más intenso, su indefensión, abandono y amargura, alcanza en aquellos momentos, uno de los puntos culminantes.

Cristo crucificado, en la soledad del Gólgota, comienza a recitar sus últimas siete palabras. La primera es de perdón... La segunda, de promesa... En la tercera se encierra la donación de la maternidad de María para todos los hombres. La cuarta resume y compendia toda la angustia, que llena su corazón de hombre, abrumado por el sufrimiento corporal y aniquilado moralmente por toda la pena acumulada en las últimas horas: abandono, ingratitud, burla, injusticia...

“¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?”, impresionante y polémica frase, que ha encontrado a lo largo de la historia diferentes hipótesis y explicaciones, porque mientras para unos –Orígenes, San Gregorio Nazianceno, San Agustín– Jesús habla en nombre de la humanidad pecadora y en su persona, los pecadores son abandonados de Dios; otros, como Tertuliano, San Ambrosio, San Jerónimo y el mismo Santo Tomás, piensan que Cristo llegó a sentirse verdaderamente abandonado por el Padre. Mas ¿no puede ser que el Maestro, angus-

(6) Los clavos que fijaban los brazos a la cruz no se fijaban en las palmas de las manos –que se hubieran desgarrado con el peso del cuerpo– sino entre el radio y el carpio, o incluso, en el seno de éste, junto al hueso semilunar, lográndose así una absoluta indemnidad ósea, si bien se lesionaban gravemente los ligamentos intercarpales y el nervio mediano, produciéndose un intenso dolor, su contraste con una escasa pérdida de sangre, ya que el clavo respetaba el curso de las arterias y venas radiales y cubitales.

En cuanto a los pies, el clavo atravesaba al primer o segundo espacio intermetatarsal, en un punto inmediatamente inferior a la articulación tarsometatarsiaca, afectando a los nervios tibial anterior y plantares internos y externos.

tiado por la sombra de la muerte, se refugiara en algo tan común a muchos humanos ante semejante trance como es la oración ¿No semejan, acaso, una oración, los versículos del Salmo XXI de David, que nuestro Divino Redentor recita en lo que, podemos considerar, es el culmen de su Pasión?:

“... Todo mi verdor se ha secado como un vaso de barro cocido; mi lengua se ha pegado al paladar y me van conduciendo al polvo del sepulcro...” (S. XXI, 16).

“... Porque me veo cercado de una multitud de rabiosos perros; me tienen sitiado una turba de malignos. Han taladrado mis manos y mis pies...” (A. XXI, 17).

“... Han contado mis huesos, uno a uno...” (S. XXI, 18).

De nuevo, soledad y angustia; sufrimiento espiritual omnipresente a lo largo de toda la Pasión. Y dolor físico; dolor, no sólo de las múltiples heridas y contusiones –tantas, que la medicina no puede explicar de forma satisfactoria la extraordinaria resistencia del Nazareno en su brutal martirio– sino por otros mecanismos, que, poco a poco, van abrumando su cuerpo mortal. La contractura de los músculos del cuello, espalda, hombros y brazos, castigados duramente con el *flagelum*, sobrecargados por el peso de la Cruz, tensados por la sobrecarga emocional perenne, se convierte, a la postre, en auténtica tetanización, favorecida por la postura forzada en el madero. Y, sobre todo, la afectación de los músculos respiratorios, dificultan la normal ventilación de sus pulmones, tanto en la inspiración, escasa y dificultosa, como en la espiración, lenta y forzada, produciendo una insuficiencia respiratoria restrictiva, que casi le impide hablar. Y cuando emite una quinta “palabra”, ha de elevar el cuerpo a expensas de sus brazos extendidos, con el único soporte de sus pies enclavados, para captar el aire necesario (7).

“Tengo sed”... Aquí late la queja, la expresión de un nuevo sufrimiento, ya fuera del umbral de lo soportable. La cantidad de sangre vertida, el esfuerzo de muchas horas, la falta de sueño y la propia respiración forzada, le han conducido hasta un estado acentuadísimo de deshidratación que le produce una sed terrible. Sin embargo, aún emite la sexta “palabra” en la que expresa la definitiva aceptación del sacrificio:

“Todo está cumplido”. Cristo está expirando y en su agonía, todavía encuentra fuerzas para levantar la mirada a los cielos y pronunciar su definitiva frase de esperanza:

“Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. ¡Tú me has redimido, oh Señor de la Verdad”! (S. XXI, 17).

Perdón, promesa, donación, angustia, queja, aceptación, esperanza. Estas son las “siete palabras”, que compendian el testamento de Jesús en el momento culminante de su holocausto, presidido como toda la Pasión, por el doble sufrimiento

(7) El principal fundamento fisiopatológico de la crucifixión, sin desdeñar la pérdida de sangre y el terrible dolor, consiste indudablemente, en la alteración del ritmo respiratorio, particularmente de la espiración, muy dificultosa por el anormal funcionamiento de los músculos intercostales, consecuencia de la forzada postura mantenida. Para activar la respiración, el crucificado tenía las dos únicas posibilidades de apoyarse en sus brazos o en sus pies, debiendo escoger esta última, algo menos dolorosa, a la vez que limitaba instintivamente la respiración, dando como resultado una progresiva asfixia por hipercapnia, que se acentuaba a causa de la tetanización de los músculos del tórax, forzados en inhabituales posturas.

de dolor y soledad.

Cristo no quiso rechazar el sufrimiento, sino que, aún siendo Dios, lo aceptó voluntariamente y, lo que es más, nunca lo ocultó ni lo disimuló, sino que fue sentido por Él como por cualesquiera de los hombres. Es indudable que los continuos sufrimientos que tuvo, durante las tensas horas de la Pasión, debieron producirle cierto hábito, al menos cierta experiencia de dolor, pero sobre todo, y haciendo abstracción de su particular constitución física, realmente fuerte y atlética y de su contrastado temple ante la adversidad, hubo de influir en su actividad y vivencia dolorosa, la definida conciencia de su misión, el asumido protagonismo personal en la redención de los pecados de los hombres, que pasaba, necesariamente, por la cruenta experiencia de la Cruz. Y en este estado de indiscutible exaltación mística, que siempre presidió su comportamiento pero que encontraría su clímax durante la crucifixión, en su íntimo diálogo con el Padre, debió de encontrarse en una permanente situación de *stress*. En sus últimos momentos, en los que el dolor, la angustia y la soledad, alcanzan sus más altas cotas, es posible que otro mecanismo, absolutamente contrastado por la medicina, le aliviara parcialmente y pudiera justificar su resistencia inaudita. En efecto, la dificultad ventilatoria pulmonar, antes aludida, debió producir un progresivo aumento de anhídrido carbónico en su sangre que traería como consecuencia un importante estado de letargo que le ayudaría a soportar el sufrimiento. Sin embargo, todas estas justificaciones, aunque científicas, absolutamente humanas, quedan empalidecidas ante el hecho incuestionable de la ayuda, que por Él impetrada al cielo, le fue concedida con largueza.

Cristo supo darle sentido a su dolor y a su martirio y ese es un ejemplo a imitar, aunque no resulte fácil para la flaca naturaleza humana. Nos dice el Papa Juan Pablo II:

“Dentro de cada sufrimiento experimentado por el hombre y también en lo profundo del mundo del dolor, aparece inevitablemente la pregunta *por qué*. Es una pregunta acerca de la finalidad del *para qué*, en definitiva, acerca del sentido. Esta pregunta no sólo acompaña al sufrimiento humano, sino que parece determinar, incluso, el contenido humano; sólo el hombre cuando sufre, sabe que sufre de manera humana, aún más profunda si no encuentra una respuesta satisfactoria...”.

Pero, aunque no la encuentre, el hombre sabe de la realidad del dolor; sabe que es un ingrediente de la existencia humana, igual que la miseria, el destierro y la muerte y, aún más, debe saber que es un ingrediente básico y fundamental, hasta el punto de que si no existiera sufrimiento, no seríamos conscientes del valor de la vida; nuestra experiencia no tendría perspectiva ni profundidad ni sentido y, ni tan siquiera, habría una existencia, sino sólo un puro y vacío transcurrir en el tiempo. Además, el hombre ha de saber que el sufrimiento y el dolor son imprescindibles para la formación del propio ser; por medio de él, nos fortalecemos, aprendemos y nos realizamos. A este respecto, dice Pemán en su *Discurso de la consolación de los ciegos*: “... El diálogo con el dolor tiene, necesariamente, un ritmo de dos tiempos. Hay que decirle, primero, al dolor: “Toma tú mi paciencia resignada”; para exigirle enseguida: “Dame tú, ahora, tu íntima verdad”; Y el dolor acaba siempre dándola...”.

El dolor es una sensación pero también un sentimiento y este aspecto senti-

mental es el que hace que produzca sufrimiento y le confiera su carácter puramente humano. Estos sentimientos, ascendiendo a esferas anímicas y espirituales, permiten que el hombre pueda adoptar una postura ante el dolor y darle sentido, porque si no, es aceptar la derrota, es consagrarlo como algo absurdo, cruel, incomprensible; como una pieza que no encaja en la armonía y en el orden del universo.

Este es el motivo de que el hombre de hoy, adoptando una tesis absolutamente naturalista, rechace de manera frontal al dolor en todos sus matices, postura hoy dominante en la medicina y cultura occidentales. Por eso, médicos y enfermos, luchamos desesperadamente contra el dolor, ya que el hombre actual no sólo no sabe sufrir, sino que, ni siquiera, se permite el concepto en sus esquemas. El hombre moderno se irrita ante muchas cosas que antes admitía serenamente. Se indigna contra la vejez, la enfermedad y la muerte, pero, primordialmente, contra el dolor. No quiere sufrir; es más, cree que no debe sufrir y recurre a la masiva y casi indiscriminada utilización de analgésicos y tranquilizantes, cayendo muchas veces en la inercia mental de la ataraxia. Para él, el dolor no debe existir, pero el dolor existe —"la vida es un dolor", dijo Vicente Aleixandre poco antes de morir— y si el hombre no recurre a una tesis espiritualista, se encuentra atrapado en él y no encontrará nunca un valor positivo en el sufrimiento. Sólo tendría una solución: sublimar el dolor, pero antes, simplemente aceptarlo. "El que pisa su sufrimiento, se eleva", afirma Höderlein; ha de oponer a la ataraxia que le inhibe, ese *alcionismo* con el que Julián Marías quiere definir la necesaria y conveniente actitud de sosiego y dominio frente al dolor.

Para los que partimos de la fe, la aceptación del dolor debiera resultarnos más fácil, porque sabemos que el Dios Trascendente, a la hora de manifestar su iniciativa amorosa, con el máximo signo de elocuencia para lo humano, lo hizo vinculándose en la "carne" con todas sus consecuencias. Las Sagradas Escrituras, lo mismo que la tradición, designan la obra de Jesucristo con dos expresiones: *redención y sacrificio*. Eficacia redentora, valor sacrificial, tales son los dos caracteres que la fe cristiana atribuye a la Pasión y Muerte de Jesús. Y en ese sacrificio, el dolor es considerado como prueba impuesta por Dios, con lo que se afirma, al menos implícitamente, su valor soteriológico.

Para San Pablo, el "misterium doloris" sólo tiene sentido desde la teología de la Cruz. El "misterium doloris mortis" queda estereotipado en el lenguaje paulino en el "misterium crucis"; en él ha de culminar para la conciencia cristiana la resolución del misterio de las aparentes negatividades del ser: trabajo, enfermedad, dolor y muerte. Pablo les da sentido, en cuanto ve en el dolor y muerte de Jesús el máximo gesto de amor del Padre por todo lo creado. Por el dolor y muerte de Jesús todos los hombres han sido redimidos, reconciliados con Dios, liberados del pecado. El mensaje de la Cruz se convierte, por encima de todo, en mensaje de resurrección y vida.

El cristiano ha de estar convencido de que el sufrimiento no es algo que hay que soportar sin remedio y sin esperanza, sino que hay que aceptarlo como un combate activo, como una lucha esforzada por la causa de Cristo, ya que Cristo mismo no entró en la gloria sino pasando por el dolor. El cristiano no puede depreciar el dolor como el estoico, ni adoptar ante él una actitud negativa, como

